

mos justamente privados de aquellas que nos estaban destinadas, y siempre nos cegamos mas, y nos endurecemos... Solo por Jesucristo tenemos un verdadero conocimiento de Dios, de su bondad para con nosotros, de su amor infinito y de su justicia. Estudiemos en Jesucristo su doctrina, su vida y sus misterios, y cada dia crecerémos en el conocimiento, en el temor y en el amor de Dios.

3.º *Del furor impotente de los fariseos que se descubre en la separacion de la asamblea...* «Tales palabras dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo; y ninguno lo arrestó, porque no había llegado aun su hora...» Despues de haber dado Jesús esta respuesta á los fariseos, se despidió de la asamblea, que inmediatamente se separó sin estrépito. Salió él mismo, despues que ellos, de la sala del tesoro, situada en el atrio exterior del templo, y muy adaptada por su grandeza y amplitud para un tumulto popular. Pero lo dejaron salir libremente, *porque no habia llegado aun su hora*; y esto quiere por la tercera vez notar el sagrado historiador; porque esta reflexion le pareció muy importante para la gloria de su Maestro y sin duda tambien para asegurarnos á nosotros contra nuestros enemigos y contra los enemigos de Dios, los cuales nada pueden contra nosotros, sino cuanto y en el tiempo que él se lo permite... ¡Cuántas personas en la asamblea habrian querido arrestar á Jesús!... Pero este Hombre-Dios, porque no habia llegado aun su hora, contenia las pasiones de sus enemigos en una suspension que se puede contar en el número de los mayores milagros: se habria podido decir que con un poder invisible los tenia encadenados.

*Peticion y coloquio.*

¡Ah Señor! los designios y los proyectos de los hombres contra mí no me impedirán el continuar la obra de mi salvacion que Vos habeis comenzado en mí, y que me habeis encomendado. Vuestros son mis enemigos, y para hacerme mal solo tendrán este tiempo y aquel poder que Vos querréis concederles: y si al fin os agradase abandonarme á su violencia, estoy cierto que no sabréis entonces olvidaros de vuestra bondad y de mi flaqueza. Este tiempo de prueba es la hora del justo; y por otra parte, ¿qué cosa es este tiempo? ¡Ah! él es breve en comparacion del tiempo de la recompensa que Vos me prometeis... Amen.

MEDITACION CLXXVIII.

DISCURSOS DE JESUCRISTO EN EL TEMPLO EL SÁBADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VIII, 21-29).

DE LA MUERTE EN EL PECADO.

Consideremos: 1.º para quién es temible la muerte en el pecado; 2.º lo que debemos hacer para evitar la muerte en el pecado; 3.º en quién debemos poner nuestra confianza para hacer una buena muerte.

PUNTO I.

*Para quién sea temible la muerte en el pecado.*

Volvió Jesús al templo, para enseñar en él, el tercer dia despues de la octava de la fiesta de los Tabernáculos, y como se ve por lo que se sigue, era el dia de sábado. Por eso su discurso fue mas largo, y mas numerosa y mas ruidosa la asamblea. No se atrevieron en aquel dia los fariseos á manifestarse personalmente delante de todo el pueblo; pero en su lugar enviaron sus emisarios, que pensaron llevar las cosas á los últimos excesos. En este discurso no anduvo Jesucristo en contemplaciones, ni tomó medida alguna por respeto á los judíos: empleó las expresiones mas fuertes y las mas vivas reprensiones para vencer la dureza de sus corazones, y empezó amenazándoles con la suerte funesta de morir en su pecado, repitiéndoselo por tres veces desde el principio de su instruccion. Esta amenaza tan reiterada, tanto para ellos como para nosotros, nos debe llenar de un temor saludable que nos haga evitar una tan funesta desgracia... «Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Á dónde voy yo no podeis venir vosotros. Y decian los judíos: ¿Por ventura se matará á sí mismo, pues ha dicho: Á dónde yo voy no podeis vosotros venir?...» Ya hemos explicado <sup>1</sup> lo que aquí repite el Salvador; solo nos queda que meditar lo que añade de la muerte en el pecado.

Lo 1.º *Consideremos cuán temible sea esta muerte en el pecado para aquellos que dilatan la conversion hasta la muerte...* Muchos han sido sorprendidos de una muerte repentina, que no les dejó tiempo alguno para reconocerse, ó se engañaron con el progreso de una enfermedad que desde el principio pareció ligera, y que esperó á declararse mortal cuando ya no dejó alguna especie de libertad. Mu-

<sup>1</sup> Meditacion CLXXII.



chos en la muerte se hallan sobrecogidos de un endurecimiento tal, que resiste á cuanto se les puede decir de mas afectuoso. Muchos son engañados de algunos buenos principios precipitados é insuficientes efectos de su temor, y de promesas de enmienda arrancadas como por fuerza por el deseo de la vida; pero que las desmienten el corazon. ¡Ah! ello es cosa bien rara que la muerte sea un tiempo para buscar á Dios, y principalmente despues de haber huido de él por largo tiempo, cuando él mismo nos buscaba.

Lo 2.º *Cuán temible sea esta muerte en el pecado para aquellos que viven una vida mundana...* No comprendieron los judíos la amenaza que Jesucristo les hacia, y él mismo les descubrió la razon añadiendo: « Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo... » Nosotros tenemos un nacimiento y una vida terrena, segun la carne, por la cual somos de este mundo; pero tenemos tambien una celestial, segun el espíritu que recibimos en el Bautismo, y por la cual hemos renunciado á la carne y al mundo. Si vivimos segun esta, somos miembros de Jesucristo, é iremos donde él vaya. Los miembros seguirán la cabeza. Pero si vivimos segun la primera, segun el mundo; si vivimos en el pecado, en el hábito del pecado, ¿qué debemos esperar sino morir en nuestro pecado? Examinemos ahora si somos de este mundo con los pecadores, ó de Jesucristo con sus Santos. Observemos si en los pensamientos de nuestro espíritu, en las máximas de nuestra conducta, en los afectos de nuestro corazon, en el proceder de nuestro cuerpo, en las acciones de nuestra vida, en las ideas que tenemos de las cosas, en el juicio que de ellas hacemos, y finalmente en los hábitos contraídos, seguimos al mundo ó á Jesucristo... ¿Somos ó no somos nosotros de este mundo? Si lo somos, ¡ah! temamos la muerte en nuestro pecado, y para evitarla cesemos de ser del mundo para ser de Jesucristo.

Lo 3.º *Cuánto sea de temer esta muerte en el pecado para aquellos á quienes falta la fe...* « Os dije por tanto, que moriréis en vuestros pecados: porque si no creyéreis que yo soy, moriréis en vuestro pecado... » Si no creéis que yo soy el Mesías, el enviado de Dios, el Hijo de Dios, el Señor de los hombres, su Mediador, su Redentor y su Juez soberano: si no creéis que soy yo el que os he enviado mis Apóstoles, que he fundado mi Iglesia, que enseñé y decido por medio de ella, y que estoy con ella hasta la consumacion de los siglos, vosotros moriréis en vuestro pecado; porque solo por esta fe y en esta Iglesia, por su ministerio y por sus Sacramentos po-

deis recibir la remision. ¡Oh cuánto importa en materia de fe no empeñarse en partidos de los cuales dificilmente se puede salir! Tengámonos, pues, estrechamente unidos al tronco del árbol; á la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana, y el funesto ejemplo de los que la han abandonado nos haga atentos á no separarnos de ella en nada. No basta, no, llevar el nombre de cristianos, de católicos, si con esto solo tenemos una fe débil, lánguida, vacilante y sin alma: una tal fe no se hace victoriosa de nuestras pasiones, de nuestras tentaciones y de nuestros hábitos, y no nos impediria el morir en nuestro pecado.

## PUNTO II.

*Lo que debemos hacer para evitar la muerte en nuestro pecado.*

Lo 1.º *Conocer á Jesucristo...* « Y le decian ¿quién eres tú?... » Preguntemos nosotros como estos, pero no como ellos, no por incredulidad, por desprecio, por insulto y por acusarlo; sino con un profundo respeto y con deseo sincero de instruirnos. Llenos de estos sentimientos escuchemos la respuesta del divino Salvador, y meditémosla... Á esta pregunta... « ¿Quién eres tú? Jesús les dijo: El principio y el que hablo á vosotros... » Esta respuesta breve y misteriosa es susceptible de muchas explicaciones, todas las cuales pueden servir para nuestra edificacion. Esto es, en primer lugar: Yo soy el principio de todas las cosas, aquel por quien se han hecho todas las cosas y sin el cual nada se ha hecho<sup>1</sup>, el que me he dignado de bajar sobre la tierra; que me quiero mostrar á vosotros, hablaros é instruiros... Adoremos esta suprema Majestad, y démosle gracias por su infinita bondad... Esto es, en segundo lugar: Yo soy lo que os he dicho que soy desde el principio: lo que no he cesado de ser desde que empecé á comparecer entre vosotros y á predicaros: esto es, el enviado del Padre, la vida y la salvacion; la consolacion y la luz del mundo; el que no viene del mundo y de la tierra, sino de lo alto del cielo. Esto es lo que yo soy. Ya os lo he dicho desde el principio, os lo he probado con mil obras: vosotros os obstinaís en no creerme, ¿y me preguntais ahora quién soy? ¡Ah! yo creo, ó Salvador mio, creo todo lo que sois, todo lo que habeis dicho: solamente os pido que os digneis de imprimirlo en mi corazon y en mi espíritu para que jamás me olvide... Esto es en tercer lugar: Yo soy aquel que os habló desde el principio: el que

<sup>1</sup> Joan. 1, 1, 3.



muchó tiempo há os instruyó, os exhortó, os solicitó, y á quien siempre resistís... ¡Ay de mí! y cuán bien nos conviene á nosotros esta reprensión! ¿Cuánto tiempo há que Jesucristo nos habla, nos amenaza, nos convida y nos solicita de mil maneras para que nos demos enteramente á él? Reconozcamos, pues, hoy su voz, y hagámonos dóciles á ella, si queremos evitar la muerte en el pecado, y morir la muerte de los justos.

Lo 2.º *Conocernos y juzgarnos á nosotros mismos...* «Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que condenar...» Como si hubiese dicho: Vosotros me preguntais sobre lo que yo soy: ya os lo he dicho suficientemente, pero yo tendria muchas cosas que decir sobre lo que vosotros sois, y encontraria en vosotros muchas cosas que condenar: juzguémonos, pues, á nosotros mismos, y condenémonos mientras vivimos, si no queremos ser juzgados y condenados en la muerte. ¡Ah! ¿cuántas cosas dignas de condenacion ve el Señor en nosotros? ¿cuántas desde que tenemos uso de razon? ¿cuántas en cada edad, en cada año, en cada empleo? ¿cuántas en nuestros pensamientos, en nuestras acciones, en nuestros afectos, en nuestras intenciones, y aun en nuestras buenas obras y en nuestras devociones? ¡Ah! Dios mio, ¿quién soy yo á vuestros ojos? Si los hombres me conociesen tal cual soy, y que Vos me conoceis, ¿qué seria de mí? Detesto, Dios mio, todos mis pecados, todos mis desórdenes, todas mis abominaciones: las lloro amargamente, os pido perdon, y con el socorro de vuestra gracia quiero comenzar una vida mas digna de Vos.

Lo 3.º *Conformar nuestra vida á la ley del Evangelio...* «Pero el que me envió es verdadero, y yo lo que oí de él esto hablo en el mundo...» La ley evangélica es la verdad de Dios mismo. Verdad que subsistirá eternamente, y sobre la cual todos los hombres serán juzgados á proporcion de sus luces... La ley del mundo no es otra cosa que mentira; viene solo de las pasiones, y para cada uno de nosotros acabará con nuestra vida. ¡Ay en aquel último momento, de quien habrá preferido esta falsa ley á la ley de Dios! ¡Feliz de aquel que habrá despreciado la mentira por unirse á la verdad! ella lo salvará en aquel terrible momento, y lo coronará de una gloria eterna.

## PUNTO III.

*En quién debemos poner nuestra confianza para hacer una santa muerte.*

1.º *En Jesús crucificado...* La cruz de Jesucristo es la prueba de nuestra fe... En las palabras dichas de Jesucristo no entendieron los judíos que su Padre debía ser Dios; pero mucho menos debieron comprender lo que añadió del misterio de la cruz, cuando les dijo: «Cuando habréis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo segun lo que el Padre me ha enseñado...» Esto es, cuando me habréis condenado como un malhechor y un blasfemo; cuando me habréis hecho sufrir el último suplicio, y me habréis visto espirar sobre una cruz; entonces conoceréis que yo soy el Mesías, el nuevo Adán, el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios; que yo mismo soy Dios, igual á mi Padre, y el mismo Dios con él; que todas mis acciones y mis palabras son acciones y palabras divinas; que nada hago por mí mismo sin estar unido y sin obrar con mi Padre, y que nada enseño sino lo que he aprendido de mi Padre... No dijo jamás el Salvador cosa tan sublime, tan incomprensible, tan elevada sobre la razon como lo que aquí dice; y ciertamente nosotros vemos su cumplimiento á nuestros ojos. Solo despues que espiró sobre un patíbulo se creyó en él, en sus misterios y en su doctrina. ¿Quién, pues, ha dado á la cruz una virtud tan admirable y sorprendente? Esta no puede ser obra de los hombres. ¡Un Hombre-Dios, y que no se cree Dios sino despues de haber sido crucificado! No; hasta allí no llega el poder de los hombres, ni aun les habria jamás pasado por el pensamiento semejante cosa. Conviene, pues, decir que las pruebas que han acompañado este misterio han sido bien evidentes, y que la gracia que ha obrado sobre los corazones haya sido bastante poderosa para obtener del mundo entero una fe tan incomprensible... Jesús crucificado y adorado: hé aquí mi fe, y al mismo tiempo la justificacion y la prueba de mi fe. Prueba que supone todas las otras, y que es su perfeccion y su compendio. ¡Oh cruz adorable, me basta el veros para quedar persuadido y convencido de mi fe!

2.º *La cruz de Jesucristo es el alivio de nuestras penas...* «Y el que me envia está conmigo, y no me ha dejado solo...» No, ó Señor, el que os ha enviado no os ha dejado solo, ni aun en vuestra cruz. Ha querido que la plenitud de la divinidad habitase siempre en Vos



para reconciliarlo todo en Vos y por Vos, y pacificar el cielo y la tierra con vuestra sangre; y vuestra cruz es aquella sobre que se ha obrado este grande misterio de la reconciliacion general y de la pacificacion del cielo con la tierra. En ella, árbitro de la paz y mediador entre Dios y los hombres, habeis satisfecho enteramente y abundantemente á la justicia de Dios ofendido, y habeis librado, rescatado y reconciliado á los hombres esclavos y pecadores. ¡Oh misterio inefable! ¡oh cruz saludable! ¿puedo yo veros sin quedar enternecido, sin quedar penetrado de reconocimiento, sin sentir nacer en mi corazon el júbilo y la esperanza? ¡Ah! qué viva satisfaccion pensar que cuando yo he de sufrir alguna cosa, si uno mis dolores á los de Jesús, si sé cumplir de mi parte los empeños tomados sobre la cruz, y aplicarme los méritos de la pasion de mi Salvador, entonces, léjos de estar solo en mis penas, estoy unido á Jesús paciente, y por él á Dios y á los bienaventurados habitantes del cielo; estoy asociado á su cruz, y participo de la grande reconciliacion obrada sobre ella... ¡Qué dulzura no me hace hallar este pensamiento en mis penas! ¡qué júbilo, qué gloria, qué consolacion!

3.º *La cruz de Jesucristo es la recompensa de nuestra fidelidad...* «Porque hago siempre aquello que es de su agrado...» ¡Ah! ¿cómo, pues, ó Señor, Vos que en todo habeis buscado siempre el agrado de vuestro Padre; cómo, pues, este Padre tan fielmente obedecido os ha destinado, ó Hijo tan tiernamente amado, á morir sobre una cruz? ¿Es acaso este el precio de vuestra obediencia y la señal de su amor? Sí: el misterio de la reconciliacion que os habeis encargado de cumplir sobre la cruz ha sido la gloriosa recompensa de vuestra fidelidad en ejecutar las órdenes de vuestro Padre. Por esto os habeis adquirido el imperio del cielo y de la tierra, el derecho de reinar sobre los corazones, de juzgar á los vivos y á los muertos, de recibir las adoraciones de los Ángeles y de los hombres, y de formar á vuestro Padre un pueblo perfecto que reine con Vos en la eternidad. ¿Quién habria comprendido jamás un tal misterio? Y despues que Vos fuisteis elevado en la cruz, ¡cuántos lo han comprendido! ¡Cuántos han pedido á Dios no otra recompensa de sus trabajos que la gloria de morir y derramar por él su sangre!... ¡Ah! vivamos tambien nosotros santamente, y comprenderemos este grande misterio de la felicidad y la gloria del padecer. Entonces, ni la muerte, ni los dolores que la acompañan, podrán aterrarnos, y cuanto mas suframos, tanto mas agradeceremos á Dios el habernos asociado á su Hijo, y habernos hecho participantes de su gloria.

*Peticion y coloquio.*

Señor, os suplico que me concedais que estos sentimientos puedan animar continuamente mi espíritu y mi corazon: cada dia os lo pediré como la mayor de todas las gracias. Haced que por ellos pueda yo merecer agrados. Haced que yo padezca, que yo espere, no sobre la cruz del mundo, ni sobre la cruz de la naturaleza, sino sobre vuestra cruz, ó Salvador mio. Amen.

## MEDITACION CLXXIX.

CONTINUACION DEL DISCURSO DEL SALVADOR EN EL TEMPLO EL SÁBADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. viii, 30-45).

DE LA FALSA ESTIMA DE NOSOTROS MISMOS.

1.º Nos creemos libres, y somos esclavos; 2.º nos creemos hijos de los Santos, y somos hijos de los pecadores y de los mundanos; 3.º nos creemos hijos de Dios, y somos hijos del demonio.

## PUNTO I.

*Nos creemos libres, y somos esclavos.*

1.º *El primer error es de aquellos que se creen enteramente libres, porque han comenzado á salir de la esclavitud...* «Diciendo él estas cosas, muchos creyeron en él. Y decia Jesús á aquellos judíos que «habian creido en él: Seréis verdaderamente mis discípulos, si perseveráreis en mi doctrina, y conoceréis la verdad, y la verdad os «hará libres...» Aun cuando las palabras dichas por Jesucristo no pudiesen ser perfectamente comprendidas por los judíos, resplandecia en su discurso tanta sabiduría y santidad, tanta majestad y grandeza, que muchos creyeron en él; y Jesús, que conocia la buena disposicion de sus corazones, les encarga aquí que perseveren constantemente en su doctrina y en la fe que tienen en él... No nos fitemos, pues, de un principio de conversion, de tal suerte que nos miremos ya luego como libres y sueltos del yugo de nuestras pasiones. Este error ha perdido á muchos que viviendo sin precaucion y sin temor han recaido bien presto en las cadenas que habian roto con mucha dificultad... El solo medio de asegurar nuestra libertad es perseverar en la práctica de la ley y en la meditacion de las verdades de la salud, velando sobre nosotros mismos, huyendo las ocasiones, y resistiendo á las tentaciones. Entonces se introducirá



poco á poco la verdad en nuestro corazon; verémos las cosas con otros ojos, y gustarémos las dulzuras de una sólida libertad que fácilmente conservarémos.

2.º *El segundo error es mas material y de aquellos que se creen enteramente libres, porque lo son en lo exterior...* «Le respondieron «ellos: Somos linaje de Abrahan, y nunca servimos á ninguno. «¿Cómo, pues, dices tú, seréis libres?...» Hay algunos que conocen solamente el exterior de la libertad y de la esclavitud: se creen libres porque son miembros de una nacion libre, gobernada por sus príncipes y por sus leyes, y se creen tanto mas libres, cuanto en el país que ellos habitan están menos sujetos por la religion y por las costumbres, y cuanto mas les es permitido en ellos el pensar, el hablar y escribir como quieren, y vivir á su gusto. Esta es aquella libertad exterior de que solo eran celosos los judíos. Descendientes de Abrahan por Isaac hijo de la promision, no habian perdido jamás los sentimientos de independencian que este origen les aseguraba, y actualmente sujetos á los romanos, esperaban del Mesías solamente su libertad temporal. ¡Ah! cuántos entre los cristianos tienen todavía el corazon judaico, no reconocen otra libertad, otra gloria, otros bienes que los de este mundo, y son insensibles á la esclavitud del alma, que es conocida á Dios solo, y cuya vergüenza y miseria comparecerán solo en la otra vida!

3.º *El tercer error, mas deplorable aun, es de aquellos que se creen libres en sus mismos desórdenes...* «Les respondió Jesús: En verdad, «en verdad os digo, que cualquiera que hace el pecado es siervo «del pecado: ahora el siervo no está siempre en la casa, el hijo está «siempre en la casa, por lo cual, si el hijo os libertara, seréis verdaderamente libres...» Muchos se imaginan que encuentran una feliz libertad sacudiendo el yugo de la ley de Dios, sofocando los remordimientos de su conciencia, y abandonándose sin freno á todos los excesos y á todos los caprichos de sus pasiones. ¡Ah! ¿qué importa que gocen de la libertad? «Cualquiera que hace el pecado «es siervo del pecado...» Esclavo infeliz, aun en este mundo, en el cual, aunque no quiera, siente el rigor de su esclavitud y el peso de las cadenas sin poderlas romper; y mucho mas infeliz aun en la otra vida, cuando arrojado de este mundo, en que ha querido recibir la libertad, excluido del cielo, donde el Hijo reina eternamente con aquellos que ha hecho libres, no tendrá otra habitacion que la prision eterna del infierno, llena de viles esclavos como él. Lo mismo á proporcion decimos de aquellos que se creen libres en la di-

sipacion y en la indiferencia por las culpas ligeras. Cuanto mas atentós, profundamente recogidos y constantemente mortificados estamos sobre nosotros mismos, tanto mas gozamos de una libertad perfecta... Lloremos aquel tiempo desgraciado que hemos pasado en una tan dolorosa y peligrosa esclavitud. Demos gracias á nuestro divino Redentor, que con el precio de toda su sangre nos ha vuelto á comprar, á librar y á salvar; á este Hijo adorable, generoso y benéfico, que no solo nos ha hecho libres, sino que nos ha adoptado tambien por sus hermanos, nos ha elevado hasta su esfera y á la cualidad de hijos de Dios, para que pudiésemos habitar eternamente con él en la casa y dividir con él su herencia eterna. ¡Oh Dios, qué libertad, qué favor, qué honor, qué esperanza! ¿Tendré aun corazon para renunciaros y para hacerme esclavo del pecado y del infierno?

#### PUNTO II.

*Nos creemos hijos de los Santos, y somos hijos de los pecadores y de los mundanos.*

Se gloriaban los judíos de ser los descendientes de Abrahan por Isaac y Jacob... Nosotros tambien nos gloriamos de ser hijos de Santos. Tenemos Santos de nuestra nacion, de nuestra ciudad: Santos protectores, de quienes celebramos la fiesta, de quienes llevamos el nombre; Santos fundadores, de quienes seguimos la regla, y de quienes llevamos el hábito, cuya santidad alabamos acaso, tambien como los judíos, con cualquier sentimiento de emulacion, de vanidad y de celos, pretendiendo con esto ser mas que los otros. Pero comparémos con estos Santos de quienes nos decimos hijos. ¡Qué desigualdad!

1.º *¿Nos asemejamos nosotros á los Santos en cuanto al amor que ellos han tenido á la palabra de Dios?*

«Sé (continúa Jesucristo) que sois hijos de Abrahan; pero bus- «cais quitarme la vida, porque no cabe en vosotros mi palabra. Yo «digo lo que he visto en mi Padre, y vosotros igualmente haceis lo «que habeis visto en vuestro padre...» Esto es, yo sé que descendéis de Abrahan; pero si fuéseis sus dignos hijos, no buscariais, como haceis, los medios de quitarme la vida: este infame designio es un efecto de la dureza de vuestro corazon, siempre inflexible y rebelde á mi palabra... No me maravillo que tengais tanta aversion á mi persona y á mi doctrina: yo bien sé la causa. Ciertamente todo lo que yo os digo lo he aprendido de mi Padre, y de esto tengo un



conocimiento seguro; pero vosotros, vosotros no haceis otra cosa que lo que vuestro padre os ha enseñado... La palabra de Dios ha sido siempre el fundamento de la fe de los Santos que nos han precedido. Inviolablemente unidos á la enseñanza de la Iglesia, de ella recibian la palabra de Dios y su interpretacion, y detestaban todo aquello que aunque por poco se alejaba de su doctrina y de la obediencia debida á los legítimos pastores. La palabra de Dios era la regla de su conducta. Observaban los preceptos, guardaban tambien los consejos en cuanto se lo permitia su estado, y en todo seguian las máximas del Evangelio. La palabra de Dios era las delicias de su corazon; la leian con ansia, la meditaban dia y noche, la gustaban, y estaban penetrados de ella. Una sola palabra los arrebatava y los llenaba de la mas tierna devocion. Pero nosotros, nosotros abandonamos esta divina palabra sacada del seno de Dios. Nosotros miramos lo que piensa, y cómo vive el mundo. Nuestra fe es la fe del mundo. Nosotros hablamos de la Iglesia y de la Religion como el mundo y como le agrada al mundo. Nuestras reglas y nuestras máximas son las que vemos que sigue el mundo. Nos parece extranjera la palabra de Dios, y no encuentra en nosotros lugar alguno: no en nuestras ocupaciones; no tenemos tiempo para oirla ó leerla: no en nuestro espíritu; ¡este está demasíadamente distraido para poder meditar: no en nuestro corazon; este está lleno de objetos terrenos para poderla gustar. Piedad, fervor, devocion; estos sentimientos nos son desconocidos; ni siquiera conocemos los términos, ni sabemos su significado. ¡Ah! no somos aquellos hijos de los Santos que celebramos, sino hijos del mundo que vemos, y de los mundanos que imitamos.

2.º *¿Nos asemejamos nosotros á los Santos en cuanto á la práctica de la virtud?...* «Le respondieron y dijeron: Nuestro padre es «Abrahan. Les dijo Jesús: Si sois hijos de Abrahan, haced las obras «de Abrahan...» ¡Ay de mí! ¿no puede tambien decir á nosotros: si sois hijos de los Santos, imitad las virtudes de los Santos, haced las obras de los Santos? Ahora en los Santos ¡qué obras, qué virtudes, qué fe, qué esperanza, qué amor de Dios, qué caridad para con el prójimo! ¡Qué paciencia en los males, qué desinterés en el uso de los bienes, qué despegó de ellos, qué fortaleza para vencerse, qué cuidado para conservarse en la pureza y en la gracia, qué dulzura, qué humildad, qué obediencia, qué recogimiento, qué modestia, qué continuacion en la oracion, qué frecuencia de Sacramentos, qué fervor en todos los ejercicios espirituales!... ¡Qué mor-

tificacion, qué penitencia, qué ayunos, qué vigalias! Si nada hacemos de todo esto, ¿con qué título pretendemos nosotros pertenecer á los Santos? Pero los Santos ¿no han hecho por ventura demasiado? no. ¿Y podian ellos hacer demasiado por Dios á quien habian de servir, por el Salvador á quien habian de imitar, por el enemigo que habian de vencer, por los obstáculos que habian de superar, por el cielo que habian de ganar, y por el infierno que habian de evitar? ¡Ah! guardémonos de que, temiendo hacer demasiado, no hagamos lo bastante, y que queriendo disminuir alguna cosa de esto, nada hagamos, y lo vengamos á perder todo.

3.º *¿Nos asemejamos nosotros á los Santos en cuanto al huir de los vicios?...* «Pero (añadió Jesucristo) ahora buskais el quitarme «la vida, siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios: «Abrahan no hizo esto...» Si á todas las acciones de nuestra vida aplicásemos los ejemplos de los Santos, ¡cuántos vicios encontraríamos que cortar! Nosotros mantenemos en nuestro corazon los odios, las antipatías, los desprecios, los celos, las sospechas y los deseos de venganza: los Santos no han hecho esto. Nuestros discursos están llenos de maledicencia, de murmuracion, de calumnia, de ultraje, de quejas, de errores y de mentiras: esto no lo han hecho los Santos... Continuemos á aplicar esta regla á todas nuestras acciones, á todos nuestros deseos y á toda nuestra conducta, y verémos que nuestra vida es del todo diferente de la vida de los Santos, y toda semejante á la de los pecadores y mundanos. Cualquiera nombre, cualquiera hábito que llevemos, si tenemos solamente las obras del pecado y costumbres viciosas, nada tenemos de comun con los Santos, no tenemos derecho alguno á su recompensa, y solo podemos y debemos esperar el experimentar los suplicios eternos reservados á los pecadores.

### PUNTO III.

*Nos creemos hijos de Dios, y somos hijos del demonio.*

1.º *El carácter de los hijos de Dios es amar y recibir todo aquello que de él viene...* «Vosotros haceis aquello que hizo vuestro padre; «y ellos le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicacion; tenemos un solo Padre, Dios. Pero Jesús les dijo: Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais á mí, porque de Dios he venido, ya que no he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado. «¿Por qué razon no entendeis vosotros mi lenguaje? ¿por qué no po-



«deis sufrir mis palabras?...» ¿De dónde viene que vuestros ojos no pueden sufrir mi luz, que es la de Dios? ¡Ah! vuestra obstinación es la que os hace sordos á mi palabra... Los impíos modernos, como otras veces los judíos, se glorian aun cada día de tener á Dios por Padre, y de reconocerlo á él solo; pero si tuvieran los sentimientos que deben tener los hijos dóciles, amarian á aquel que por su naturaleza es el Hijo de este Padre omnipotente, que es igual á su Padre, y que ha hecho ver en una manera tan evidente que habia venido de parte de Dios á los hombres, para librarlos de sus males, para adoptarlos en él, y conferirles los verdaderos bienes; estarían ansiosos de saber lo que este único Hijo ha venido á anunciarles de parte de su Padre, y de seguirlo; amarian lo que él ha establecido sobre la tierra, á su Iglesia, y al que ha puesto en ella para enseñarnos despues de él. Este es el carácter de los verdaderos hijos de Dios; pero estos, que lo son solo por la creacion y no por los sentimientos, quieren un padre que nada les hable, que nada les diga, que nada les mande, que no los reprenda, que nada les castigue, que los deje vivir á su gusto y quebrantar impunemente todas las leyes de la justicia, del pudor, de la subordinación y de la Religión; y si les hace anunciar su voluntad, nada quieren comprender, nada quieren creer, ni quieren aun oír hablar de esto; y despues de todo se creen justificados, viniéndonos á decir que todos tenemos el mismo Dios por padre. ¡Ah! hijos ingratos y desnaturalizados, vosotros lo tendréis por juez y por vengador de vuestra indocilidad.

2.º *El carácter del demonio es de ser cruel y falso...* «Vosotros tenéis por padre al diablo, y quereis satisfacer á los deseos de vuestro padre; él fue homicida desde el principio, y no perseveró en la verdad, porque en él no hay verdad; cuando habla con mentira, habla de lo suyo, porque él es mentiroso y padre de la mentira...» El demonio busca solo nuestra perdición y nuestra muerte, segun el cuerpo y segun el alma. Él es el que desde el principio ha introducido la muerte en el mundo, y quien provoca tambien á ella, incitando á los hombres á que se destruyan entre sí. Él es el que ha introducido la muerte del alma por el pecado, y el que continuamente nos solicita al pecado, para procurarnos la muerte eterna, haciendo que seamos condenados á los mismos suplicios destinados para él. Él es falso, perverso, engañador, mentiroso, y padre de la mentira. Dijo á nuestros primeros padres: Comed, no moriréis: seréis como dioses. Nos dice á nosotros: Seguid vuestra pasión; en ella encontraréis sólidos placeres y la verdadera felicidad de la

vida: no moriréis tan presto, os convertiréis... Despues dice: No podeis ya convertirlos; estais desesperados; entre tanto os la podeis gozar. Ó de otra manera: Os convertiréis en la muerte. Dice finalmente que en la muerte no teneis que temer: moriréis enteramente: la otra vida es una fábula, el infierno un espantajo, y la Religión una impostura y una superstición: el alma muere con el cuerpo; el alma no es otra cosa que el cuerpo; no hay espíritu, no hay alma. Ved aquí los pensamientos, los errores y las mentiras que el demonio no cesa, segun la ocasión, de sugerirnos. Y los hombres que tienen la audacia de publicarlas abiertamente, ¿qué otra cosa son que ministros del demonio? ¡Oh, y cuántas veces hemos sido engañados por las imposturas de este enemigo capital de nuestra alma! ¿Queremos nosotros ser siempre engañados? ¿queremos aun escuchar al demonio?

3.º *El carácter de los hijos del demonio es asemejarse á su padre en la crueldad, en el odio de la verdad, y en el gusto del error...* «Pero á mí no me creéis (continúa Jesucristo), porque os digo la verdad...» Si el demonio mismo hubiera podido hacer morir á Jesucristo, que destruía su imperio, lo hubiera hecho; pero animó á los judíos, y estos lo hicieron cumpliendo sus deseos. Los que son aun sus ministros, son los que persiguen á Jesucristo en sus miembros y en su Iglesia... Se dice amar la verdad, ¿pero qué verdad? verdad de ciencia, verdad de sistema, verdad humana, y que muchas veces es pura mentira; pero la verdad de Dios, la verdad revelada, la verdad enseñada por la Iglesia, no se quiere creer ni aun oír. Al opuesto; se lee con deseo y con ansia todo lo que es contrario á esta santa verdad, contra la Religión y contra la Iglesia. Se da fe á cuanto se puede oponer al Cristianismo. Los razonamientos mas inconsiguientes, los mas contradictorios, las fábulas mas absurdas, y las sátiras menos verosímiles son creidos sobre la fe de personas preocupadas de la pasión, é interesadas en esparcirlos.

#### *Petición y coloquio.*

Libradme, ó Señor, de este espíritu de indocilidad, de error y de mentira, y hacedme gustar la verdad de vuestros misterios, de vuestra moral y de vuestras máximas. Concededme la gracia que despues de haberla gustado me atenga á ella, y me una estrechamente con ella, para no separarme jamás. Amen.